
EL HISTORIADOR, LOS HECHOS Y LA INFORMACIÓN

Luis Alberto de la Garza

Una cuestión desarrollada con frecuencia entre los historiadores es la relativa a cuáles son los hechos que, como tales, deben ser objeto de estudio de la historia. La diversidad de criterios en torno a ello constituye uno de los problemas fundamentales de la teoría de la historia, pero aquí nos interesa saber cómo una aparente respuesta a esa cuestión ha sido el creciente auge de la historia-mercancía.

Consideramos la historia-mercancía como un subproducto de la investigación histórica, cuya finalidad no es el conocimiento científico sino la satisfacción consumista del público. Es decir, con esa concepción se han escrito gran cantidad de textos de pretendida vulgarización, pero cuyo resultado real es la trivialidad en la que caen todo tipo de hechos presentados como historia.

Una publicación editada en varios idiomas lleva precisamente el título de *Todo es Historia* y trata desde el "Rescate de Mussolini" hasta la "Vida familiar de Gengis Khan". Esta lógica supone que cualquier suceso es parte de la historia y, por ende, carece de interés ordenar o jerarquizar el proceso histórico, dado que vale lo mismo la crisis económica de 1929, la Revolución Francesa, el número de biberones que tomaba John F. Kennedy o las ceremonias a las que asistió Juan Domingo Perón o las condecoraciones que lució el militar argentino en cada una de ellas.

Una historia que se pretenda científica, por el contrario, nos conduce a un ordenamiento de la realidad, de acuerdo con el cual los hechos cobran sentido a partir de una previa comprensión teórica del desarrollo de la formación social en que ocurren. Esta concepción de la historia es la única que permite dar coherencia al flujo de los acontecimientos y comprenderlos como algo

más que simples curiosidades destinadas a satisfacer la morbosidad del consumidor colectivo.

Así, todo es historia en la perspectiva de qué fue y qué pasó, pero no dentro de la dinámica del conocimiento que aspira a racionalizar y ordenar los hechos con el fin de darles un carácter científico.

El hecho histórico, en esta dimensión, es aquel acontecimiento que cobra significación dentro de un todo, para lo cual requiere no sólo ser conocido, sino también ser trascendente y estar ubicado en un marco de referencias.

Por ejemplo, hace más de veinte años el hallazgo, masivamente difundido, de documentos, mapas y vestigios acerca de viajes y poblamientos vikingos en América antes de la llegada de Cristóbal Colón, desató una amplia polémica entre los historiadores latinos y anglosajones tanto como entre el público en general.

La discusión se centró en el tema de la “paternidad del descubrimiento de América”, con el objeto de otorgarla a los rubios piratas en lugar de al marino genovés al servicio de la Corona española, polémica que escondía o mal disimulaba, por supuesto, hondos prejuicios raciales.

Independientemente de que al final del debate se llegó a comprobar que algunos de aquellos testimonios resultaron fabricados *a posteriori*, fue significativo en razón de que dejó al descubierto las enormes diferencias entre lo que se debe de considerar “un hecho histórico”.

Podemos afirmar al respecto que el litigio entre los historiadores tuvo, aparte de profundas razones políticas, étnicas e ideológicas, una dosis enorme de bizantinismo.

Incluso suponiendo la veracidad de que la llegada de los vikingos fuera anterior a los viajes colombinos, la misma ni se repitió ni, sobre todo, tuvo repercusión alguna en la vida permanente de los europeos o entre quienes habitaban el “nuevo mundo” en ese momento.

Para ello hubiera sido menester la existencia de otro tipo de condiciones: no sólo la noticia de la llegada, sino su posibilidad de aprovechamiento en el

siglo XII, el que hubiese un “antes” y un “después” del arribo, es decir, un marco de significación en el cual el hecho pudiera ser ubicado.

Así, la llegada de los navegantes nórdicos puede ser tomada como un dato, una anécdota curiosa, como una parte de la historia en cuanto suceso aislado, pero cuya veracidad no influye decisivamente en el curso de los hechos que interesan al historiador científico.

El caso vikingo es importante también en cuanto que la discusión de si un hecho cambia o no el curso de los acontecimientos es un problema fundamental entre los historiadores. En efecto la controversia sobre los vikingos ejemplifica un problema de mayores consecuencias: el de saber qué tipo de hecho es el acontecimiento histórico. Su falta de esclarecimiento es lo que, de alguna manera, avala y permite la difusión generalizada de pretendidos libros o revistas que se encargan de comercializar una pseudohistoria.

En nuestras sociedades han proliferado las campañas de venta de cultura como un producto más en los planes mercadotécnicos del capitalismo. Entre las mercancías, la historia ocupa un lugar muy importante en respuesta al interés humano por conocer sus orígenes y por el sentido de aventura que este conocimiento supone.

Enciclopedias en fascículos “coleccionables”, obras de conjunto de autores “renombrados” y encuadernaciones a todo lujo, o bien revistas “especializadas” en el conocimiento de los ires y venires de las familias reales o de las plebeyas distinguidas, pueden encontrarse en los supermercados o en los puestos de periódicos.

Sin embargo, al igual que el caso de la revista *Todo es historia*, se trata en muchos casos de un tipo de mercancía que hace de la historia un mero compendio de sucesos y anécdotas, despojado de su sentido profundo y concientizador, una forma más de trivializar el conocimiento, de mediatizarlo y neutralizarlo.

En este sentido, cabe destacar también la proliferación de algunos tipos particulares de historia, que ofrecen al lector las cuestiones no tratadas por los historiadores profesionales. Desde aquellas que proponen y sostienen la visita de seres extraterrestres y hecatombes nucleares milenarias —a partir de

una interpretación muy peculiar de la arqueología y los textos históricos tradicionales—, hasta los que ofrecen tiernos o violentos idilios o aventuras sexuales que han modificado el rumbo de los acontecimientos en la historia.

Todo ello sin contar con la imagen de la historia presentada en el cine o en la televisión, a la manera de las viejas superproducciones de Cecil B. de Mille, llenas de imaginación y espectáculo, o en la factura de prestigiosas series de televisión, rigurosamente trabajadas y excepcionalmente ambientadas como *Los Borgia* o *Yo Claudio*, que de alguna manera trasladan al Renacimiento o a la época imperial romana los argumentos multinacionales de las telenovelas.

Otro aspecto de suma importancia, en este contexto, surge del interés por la historia “inmediata” manifestado en los últimos años, aspecto fundamental hoy día, dado el desarrollo de las técnicas de información y la cobertura mundial que éstas han tenido.

Si ya gracias a la prensa periodística, al telégrafo, al teléfono y otros medios, se había logrado a fines del siglo pasado y principios del actual una difusión generalizada de los acontecimientos mundiales, en nuestra época esos medios no dejan de parecernos, en buena medida, provincianos.

Los avances realizados por la radio, el cinematógrafo y más tarde por la televisión —incluido por supuesto el empleo de satélites—, el télex, el fax y la computación, han generado toda una nueva dimensión de la informática y desarrollado en forma espectacular las posibilidades de la comunicación.

Sin embargo, ¿podemos afirmar que a partir del bombardeo sistemático de datos por estos medios, la gente de hoy esté mejor informada?; ¿podemos asegurar que es “historia” la que atraviesa todos los días por nuestra pantalla de televisión?

El problema vuelve a plantearse aquí en los términos a que hemos aludido más arriba: ¿cuáles son los hechos históricos, a quiénes sirven y a quiénes interesan? ¿es todo tipo de hecho un acontecimiento histórico?

Para no abundar más en los ejemplos del cine o de los programas de tipo histórico realizados para la televisión, abordemos el problema de la información que se transmite a través de la radio y de la televisión.

En su célebre libro *¿Qué es la historia?*, E.H. Carr señalaba que el historiador está sujeto a los testimonios de escribas, amanuenses y archivistas que nos han legado las fuentes del conocimiento histórico. Ello significa que nuestro acercamiento a las sociedades del pasado depende de la información que podamos obtener a través de esos testimonios.

Y así como el historiador del pasado remoto se enfrenta a un sinnúmero de hechos, datos, sucesos, acontecimientos y, en igual medida a archivos, testimonios, reliquias, vestigios y otras obras de la época, el historiador de inmediato se ve agobiado por enormes cantidades de datos, aunque la sofisticación de los medios simplifica una tarea que nos parece titánica.

Cabría preguntarse, sin embargo, si esto es realmente un problema para el historiador de lo inmediato, o por el contrario, un problema al que se enfrenta todo historiador, de manera independiente del periodo que estudia y de la época en que lo estudia.

El hecho de que un historiador del presente pueda disponer de miles y miles de testimonios y datos sobre un acontecimiento, gracias al desarrollo de medios antes inimaginables, y de que pueda incluso manejar enormes volúmenes a través del uso de poderosas computadoras, no lo convierte, por ello, en un mejor historiador que aquél que dispone de un número menor de datos sobre un hecho pasado.

En uno y otro casos, la mejor historia depende del rigor de la interpretación y de la posibilidad de comunicar la historia, y no de la cantidad de datos que cada historiador posea. A nuestro juicio, la labor del historiador es la de enseñar a pensar históricamente, es decir, lo que podemos llamar su ética profesional consiste en poner en relación el valor de su interpretación con la conciencia histórica de su sociedad.

Todo lo anterior implica la necesidad que tiene el historiador de estudiar y conocer la esfera de influencia real que está abierta a su influjo. Es decir, cuál es la posibilidad de que la historia pueda comunicarse en forma efectiva según el tipo de medios existentes.

La pregunta que aquí se puede formular apunta precisamente a si es posible comunicar la historia cuando los canales de comunicación están cada vez más

monopolizados y cuando el propio historiador es un sujeto que vive fuera de los mecanismos de la comunicación masiva que se basa, en las condiciones actuales de nuestra sociedad, en el polo opuesto de la posición de enseñar a pensar históricamente.

En otros términos, si bien es cierto que resulta de gran importancia que la gente pueda disponer de una buena cantidad de información para ubicar los problemas de *su* historia, también lo es que su comprensión histórica no depende de ello.

No se trata, por supuesto, de negar la importancia saludable de la investigación empírica, sino de señalar que se intenta privilegiar un empirismo a ultranza en detrimento de los elementos teóricos y comprensivos que constituyen la única forma de darle coherencia al flujo de los acontecimientos para que dejen de ser simples hechos curiosos.

En principio, podemos suponer que en la época de los medios de comunicación masiva y planetaria, el hombre común está dotado de una mayor cantidad de datos sobre la realidad, pero de ello no se deriva su mejor conocimiento de la misma.

Podríamos preguntarnos de nuevo, para ejemplificar lo señalado, acerca de si la gente de hoy está mejor informada que la de hace cincuenta años o que la del siglo XVI. De entrada podría argumentarse a favor ya que actualmente existen medios de comunicación impensables en épocas anteriores, destinados a una gran masa de la población y utilizados por ella. En este sentido resulta obvio que la generalización de los medios y su difusión masiva tengan alcances increíbles.

A través de ellos se nos proporciona una cantidad impresionante de información y con una capacidad de difundir los acontecimientos en minutos cuando en otras épocas hubiera llevado días, semanas o meses conocer lo ocurrido.

Esto significa que el hombre actual cuenta con un auténtico bombardeo de datos sobre lo que sucede en todas partes del planeta.

Pero volviendo a la pregunta de si la gente de hoy se encuentra por ello mejor informada que antes, intentaremos esclarecer en qué sentido podemos ubicar la respuesta.

En primer término, insistiremos en el hecho real de una mayor difusión de los acontecimientos en cuanto a su cantidad y la velocidad con que llegan al público. Sin embargo, este simple hecho no significa que exista una mayor información pues, dada aisladamente, fuera de contexto, o bien en forma fragmentaria, esta transmisión de datos deja de ser útil en tanto que impide una visión de conjunto.

En este caso es importante la indicación del politólogo Giovanni Sartori de que el hombre contemporáneo —y por supuesto el investigador— vive en una fase de “empirismo crudo” en la cual los datos se han comido a la teoría (sólo como curiosidad recuérdese la proclamación del fin de las ideologías).

La revisión de millonarias series estadísticas, de listas impresionante de hechos registrados minuto a minuto, de fichas técnicas sobre asuntos concernientes a miles de trabajadores, de minuciosas descripciones, fotografías, películas y cintas registradas de algunos sucesos ocurridos, no son sustituto de la obra histórica, sino su punto de partida.

Esto mismo sucede, cotidianamente, con la difusión de hechos en cantidades ilimitadas que no son, sin embargo, hechos históricos en el sentido en el que aquí los hemos considerado. Si la información significa dar cuenta, procesar, ordenar y explicar de manera fundamentada la realidad, la presentación de datos, por detallados que sean, no cumple con esta función.

Podemos preguntarnos, en otro ejemplo, ¿qué significaría para un europeo del siglo XVI la “noticia” de la conquista de México?

Evidentemente, el “hecho en sí” carecería de importancia, dado que no había ni conocimiento de la Conquista española, ni conocimiento real del espacio geográfico sujeto a la Conquista, ni se podía aquilatar de momento la importancia del suceso. El significado de la noticia, por lo tanto, cobraría sentido en un contexto de información no disponible para la mayor parte de la población de la época.

De la misma manera, ¿qué significa para un radioescucha boliviano de 1990 la noticia del embargo económico de las Naciones Unidas contra Irak?

Naturalmente que el efecto o impacto de la noticia está íntimamente relacionado con el tipo de público que la recibe; pero suponiendo que ésta se difunda entre lo que llamamos la gente común, seguramente el resultado sería muy similar en los dos casos.

En otros términos, la carencia de un contexto en el cual pueda ser ubicada la noticia deja a ésta mutilada y sin importancia para esa gente común. La diferencia entre uno y otro ejemplos estriba en que mientras que en el primero la noticia tardaría algunos meses en conocerse, en el segundo se conoce casi de inmediato.

Aquí se encuentra la diferencia fundamental entre la transmisión de datos no procesados y el trabajo del historiador que está obligado a seleccionarlos y ordenarlos para darles sentido y descubrir el hecho histórico.

Es obvio que los transmisores de noticias no tienen la pretensión de convertirse en historiadores, pero el propio medio en que operan los obliga a vender sus noticias como una forma de hacer historia.

Por ello, la difusión actual de las noticias se puede presentar no sólo descontextualizada, sino de manera caótica e irregular, dada su conversión en un producto de consumo, es decir, en una mercancía que impide establecer una relación entre el conocer y la práctica social del informado.

Volviendo al segundo ejemplo, ¿cómo podría relacionar el radioescucha boliviano los acontecimientos de Irak con su propia realidad?; ¿cuál es su conocimiento real de la situación de aquel país?; ¿en qué medida puede relacionarlo con la tensión internacional e, incluso, dado que su propia existencia está de por medio, como podría ubicar la lluvia de información con el potencial peligro de una guerra mundial? Nos atreveríamos a señalar que, en buena medida, éstas son cuestiones que el supuesto radioescucha no se plantearía ni siquiera en una mínima parte.

En otra dirección, la forma de presentarse de los hechos coadyuva a esta falta de concientización sobre el suceder inmediato. La difusión de las noticias

está caracterizada por lo que ya señalábamos más arriba, pero a ello hay que añadir un enfoque generalizado por el cual la presunta información desmoviliza políticamente en tanto que está destinada, más que a otra cosa, a distraer o divertir.

Es desmovilizadora en cuanto que se encarga de transmitir las noticias como si estas ocurrieran únicamente a nivel de los grandes personajes y, por lo tanto, las decisiones históricas no fueran competencia de todos los hombres, sino de un pequeño grupo que usufructúa el poder.

Esta manera de presentar los acontecimientos recuerda las viejas concepciones históricas que magnificaban el dato, practicaban el culto al héroe y tenían al acontecimiento como producto de la decisión individual. Este arraigo de la vieja historia es el que hace posible, a nivel masivo, confundir las noticias o la presentación de hechos con la historia y los hechos históricos.

Para que fuera historia, faltaría en todo ello la interpretación, el producto del trabajo del historiador que selecciona, analiza, comprueba, coteja y contextualiza dichos datos a través de ciertos presupuestos teóricos. En otros términos, falta el trabajo mediante el cual una suma de datos o de hechos cobran significado para convertirse en una información o explicación de dichos datos transformados mediante ésta operación en hechos históricos.

Baste como muestra el aparato montado para transmitir “en vivo y en directo” la operación “Escudo” y “Tormenta del Desierto”, la noticia convertida en *show business*. No se trata aquí de señalar la irresponsabilidad de los medios informativos, sino de plantear algunas dudas acerca del trabajo del historiador cuando enfrenta el problema de manejar fuentes y testimonios elaborados con aquella óptica mercantil.

La historia inmediata como espectáculo, el bombardeo de noticias como sinónimo de información, el sujeto histórico —el hombre— convertido en objeto plantean un importante reto al trabajo del historiador. Una cadena de estaciones mexicanas de radio utilizan para la transmisión de sus noticiarios el lema “sea testigo de la historia”, testigo que no actor, pues se parte de que la historia es ajena a todos aquéllos que no sean hombres ilustres o dirigentes geniales.

La desmovilización del falso historiar es también renuncia y conformismo, puesto que los grandes acontecimientos nos son ajenos, salvo como espectáculo que podemos contemplar cómodamente desde nuestra butaca.

Esta manera de presentar los hechos de la realidad corresponde a la nueva sociedad de la informática que, por supuesto, lejos de formar e informar, enajena y apabulla con su maravillosa tecnología y la impresionante cantidad de información que se puede manejar a partir de ella.

Esta pretendida información renuncia prácticamente a elaborar cualquier problemática que esté más allá del hecho en sí. No hay en ella ningún interés por enseñar a pensar históricamente. El resultado es una recuperación o afianzamiento de las visiones tradicionales de la historia, contra las cuales pedía combatir Lucien Febvre, pero presentadas ahora en forma masiva para la sociedad de consumo.

El nuevo combate consistirá en darle significado y sentido a la historia y ello requiere acercar el conocimiento histórico a la sociedad, eligiendo los medios y las palabras adecuadas para usarlos en el momento oportuno, lo cual implica un conocimiento previo sobre la gente que puede oírlos.

En este aspecto, la posibilidad de una imagen histórica más auténtica es un factor fundamental y radical frente a los grupos de poder que tanto han ocultado, mentido o deformado para justificar históricamente su poder. La perspectiva de que la gente pueda pensar históricamente ataca las raíces del embrollado sistema en que vivimos y revela la alucinante posibilidad de pensar una sociedad en la que todo individuo sintiese que su voluntad cuenta, de manera real y responsable, en las decisiones históricas.